

Dorita la covidiana

Un mal día, aquello tan terrible que había sido exprimido en las películas catastrofistas, sucedió, allí, atenta frente al televisor, estaba Dorita, con los ojos fijos como si le fuera la vida en ello, ¡el fin del mundo había llegado!. Todos los canales, a todas horas, hablando de un virus terrible que dejaba un reguero de muertos y que desde China estaba llegando a todo el mundo. No se sabía si había sido producto de un experimento que se les fue de las manos o que un murciélago infectado mordiese a un chino y *blablabla*. Con la misma rapidez con la que los periodistas daban estas informaciones, Dorita se comunicaba con sus amigas, donde no parecía haber ideas diferentes. Noticias de hospitales colapsados, de muertos por doquier y entre tanto, saliendo por televisión expertos, que en un principio no se ponían de acuerdo en sus apreciaciones, aunque nada de esto apartaba el miedo que Dorita tenía y lo peor, vino cuando se les ordenó que se quedasen en casa hasta nueva orden debido a la proclamación del estado de alarma.

Dorita tuvo en esas fechas un par de contratiempos. El primero cuando fue a comprar y un policía le dijo que fuese a la tienda más cercana, precisamente la que cobraba más caro, algo que le fastidió, pero, fue. Allí se encontró que era verdad eso que se rumoreaba sobre la compra exhaustiva de papel higiénico, Dorita no le encontraba una razón, aunque fuese más que obvia. Al pasar por el sitio donde estaba el susodicho papel, vio que solo quedaba un paquete y aunque tenía en su casa, sintió, más que pensó, que si la gente se lo llevaba por alguna razón sería. El otro incidente fue cuando llamó a la policía para denunciar a una chica joven que salía de su casa desobedeciendo la reclusión a las diez de la noche y volvía a las cuatro de la madrugada. ¿quién podría hacer algo semejante?, pues, una pu..., que iba a visitar a su novio o cobraba por ello. La policía llegó y Dorita que estaba al quite pudo ver desde su balcón, como la paraban pidiéndole la documentación, entonces sucedió lo que no esperaba, los policías se disculparon y la dejaron marchar. Dos días después, unas vecinas hablando desde sus respectivos balcones se decían que la enfermera del número 15, había sido parada por la policía y pensaban que algún vecino la habría denunciado.

Encerrada en casa, Dorita se pasaba horas mirando el televisor, a veces hablaba con alguna amiga de iguales características y con su Ex, que como tenía a sus hijos en esos momentos de encierro obligatorio, comentaba lo que podía con ellos, procurando no centrarse en lo que estaba pasando, ya que sus pequeños, -que ya tenía el más joven veinte años-, no comulgaban con su manera de ver la actualidad de los sucesos, de hecho, le aconsejaron que entrase en Internet y oyese voces disidentes o que leyese algún libro, claro que, Dorita no hizo ni caso, ¿por qué motivo los medios iban a repetir una noticia tantas veces si fuese incierta?. Además había expertos con altos cargos en sanidad que así lo avalaban. En ningún momento, Dorita se planteó que todos estos expertos eran funcionarios, no pertenecía ni uno a industrias médicas privadas, de hecho, la penúltima vez que habló con su Ex éste le hizo un comentario que le dolió mucho, le dijo sin ninguna delicadeza, que después de haberse pasado décadas diciendo que los políticos eran unos ladrones y mentirosos, cómo podía ahora creer en ellos como si fuera el mismo Dios quien hablase por sus bocas.

En sus infinitas horas de TV Dorita aprendió mucho, supo que era necesario llevar guantes y que en otras circunstancias no tanto. Se enteró que no era necesario en un tiempo de la pandemia llevar mascarilla, pero, en otro tiempo ya si lo fue y además obligatoria, en espacios cerrados y hasta en los abiertos, incluso con un intento de obligar a llevarla aunque fueras solo por el campo. Tampoco le extrañó que un tal Simón dijese que había mascarillas egoístas y otras altruistas, es decir que unas

dejaban pasar el virus, pero si tu lo tenías, no lo dejaba salir, esas las altruistas y las egoístas, todo lo contrario. De cómo podía suceder cosa semejante, Dorita ni si quiera se lo planteó, para eso estaban los expertos. Según pasaba el tiempo y el encierro desaparecía, Dorita siguió todos los consejos mediáticos, aprendió que había seres anormales llamados conspiranólicos que veían conspiraciones absurdas en los estamentos de poder, (algo que le habría supuesto a Dorita un cero en historia política por aceptar tales sugerencias) y negacionistas, (que en realidad, lo único que negaban eran los datos oficiales). Dorita había oído por ahí que en Internet podías entrar en el INE (Instituto Nacional de Estadísticas) y comprobar que una de dos o el Gobierno mentía o era el INE quien lo hacía, debido a que en ningún momento sus datos coincidieron. También vio lo irresponsable que eran muchas personas, a los que periodistas iban expresamente a cazar con la mascarilla mal puesta o sin ella. Los peores eran los jóvenes y sus botellones, su evidente irresponsabilidad, aunque por la TV no le informasen de la pérdida de derechos humanos, como la libre circulación, reunión con los seres queridos, nada de abrazos ni dar siquiera la mano, le dieron otras razones, que en realidad no eran tal, solo le ofrecieron miedo, miedo que se fabricaba continuamente en la TV con la presencia del ejército, la policía y la guardia civil junto a multas desorbitadas.

Dorita que tenía en alta estima su inteligencia, no se preguntó y en consecuencia tampoco se respondió, **por qué tanta repetición de una misma noticia.** Como Dorita no entendía la importancia de la libertad en la sociedad y más aún en el convivir entre personas, no percibió la gravedad de su pérdida, pasando por ello a formar parte del problema y no de la solución.

Sin apartar la vista de Dorita veamos cómo trasciende un día de trabajo, pongamos en Junio de 2020. Pues bien, nuestra protagonista se peina frente al espejo del recibidor, se encasqueta una de las muchas mascarillas que tiene en el perchero y comienza a bajar los cuatro pisos por la escalera pese a tener ascensor que antes de la pandemia usaba siempre. En ese momento oyó a la vecina del segundo que salía y la vio bajar, como no le gustaba su manera de vestir asoció esto a falta de higiene y por ello a partir del segundo dejó de usar el pasamanos. A la salida no le quedó otra que usar el pomo de la puerta de a la calle, aunque, eso sí, Dorita llevaba un pequeño frasco que antes tuvo perfume lleno de un líquido recomendado para limpiar las manos. Entró en el garaje y en su vehículo sin quitarse la máscara y así fue conduciendo media hora hasta llegar a su trabajo, por el camino pudo ver a tres que como ella conducían con el tapabocas puesto y pensó satisfecha, que más valía prevenir y que los que no se lo tomaban en serio, lo lamentarían después, además se acordó de un experto que dijo que llevar mascarilla era igual a no llevar nada y Dorita, que es muy inteligente, se lo creyó.

Al entrar en el edificio, que era todo de oficinas vio la cola de siempre en espera del ascensor ya que solo permitían entrar a dos personas y como algunos iban a la planta 15 tenían que llegar con más de 10 minutos de adelanto, todos los que iban a niveles de poco esfuerzo subían por las escaleras, de esta manera Dorita que no usaba el ascensor, se encontraba entre tramo y tramo con más de seis personas a menos de treinta centímetros.

Allí sentada en su mesa escuchó Dorita la voz desentonada de Julia que acababa de subir de tomar su desayuno de más de media hora diciendo: *Es qué de verdad... no me lo puedo creer, pero, ¿cómo pueden ser tan irresponsables?*. Como no se aclaraba, Conchita le dijo que se explicase mejor y entonces Julia les contó a todos los compañeros, seis en total, lo que había visto, *¡Un individuo con la mascarilla mal puesta en la terraza y otro sin ella!. ¡Qué poca vergüenza!* -exclamó Luisa- y añadió que también ella vio el domingo por la mañana, cuando fue a pasear, a

dos, si a dos, sin mascarilla tan campantes por la calle. *Ya verás, ya verás cuando cojan el Covid estos insolidarios*, -añadió otro compañero-. *Sí, pero lo malo* -apuntilló Julia-, *es que se lo pueden pegar a otros. Si es que son unos irresponsables, que los demás les importan...*, -sentenció Dorita . De este cambio de impresiones pasaron a etiquetar de nuevo a los que no pensaban como ellas/ellos, por lo que palabras como negacionista y conspiranólico se oyeron durante un buen rato.

Pasaron los días y Dorita que se sentía muy agobiada, como si le faltase el aire, se tomó unos días libres para ir al campo. Dicho y hecho, allí fue Dorita con su mascarilla puesta hasta el hotel en el que se alojaría. Comió en un buen restaurante y después, se fue por una ruta que le recomendaron. La verdad es que la montaña tenía un gran encanto, ir paseando por la orilla de un río oyendo el rumor del agua, con flores y plantas y además, como era temporada baja, podía disfrutar ella sola todo el paisaje. El aire por allí era fresco y lleno de aromas a pinos y tomillo que Dorita no podía percibir ya que en todo el recorrido no se quitó la mascarilla.

Cuando por la tarde llegó de vuelta a su casa, ya un tanto cansada, se fue al aseo para lavarse los dientes y fue entonces que se dio cuenta no se había quitado la mascara, qué morena que estaba, -pensó- y al quitarse el cubre bocas vio la diferencia obvia de color que había de la mitad de la nariz hacia la barbilla.

Allí estaba Dorita a punto de salir a tomar algo con sus amigas ese Domingo de Septiembre, embelesada con lo que decía un experto en la TV sobre la manera en que contagiaban los asintomáticos y así, de pronto, aumentó su miedo, pues, si ya los que parecían sanos no lo estaban, cómo podrían defenderse del bicho. Si Dorita tuviera la misma afición a leer libros que a ver la tele, sabría que no existe ningún libro sobre medicina que defina una enfermedad que no tiene síntomas, de hecho, si existiera alguna, jamás habríamos oído hablar de ella, pero esto, como digo es ajeno a nuestro personaje.

Justo cuando salía del portal se le acercó un señor y le preguntó por la única librería que había en el barrio, Dorita frunció el entrecejo como si pensara y dijo que no sabía, entonces otra persona que había escuchado al señor, le señaló con el dedo la cera de enfrente, allí estaba la librería. Pese a esta circunstancia, Dorita, muy solemne, se fijó en el escaparate de una tienda para ver si iba bien compuesta, se aprobó y a su cita llegó.

Sentadas las tres amigas en una terraza, mantuvieron las buenas costumbres de bajar y subir la mascarilla al beber y comer una buena ración de patatas bravas. Como estaban muy metidas en una conversación sobre la irresponsabilidad no se dieron cuenta que de tanto bajar y subir el cubre bocas lo que hacían era limpiarse en él, a tal punto que Antonia que llevaba una mascarilla blanca empezó a colorear toda grasienta, tanto que daba asco. Con un par de vinos se fueron dando ánimos y justo por allí vieron a un señor mayor que venía paseando a su perro, Dorita lo enfiló y cuchicheando con sus compinches dijo ¡Qué poca vergüenza!, fijaos, no lleva mascarilla y en el momento que lo tuvo a poca distancia le chistó y después le dijo de manera alta y sentenciosa, para que todos los que estaban en la terraza lo oyeran: *¿No sabe usted que hay que ponerse la mascarilla?*. El hombre le respondió: *Sí, lo sé* y continuó su camino, algo que a Dorita la irritó por eso estiró el cuello y apretando los labios como si soplara por un tubo le respondió arrastrando cada palabra como si fuera lija: *Entonces, señor, por qué no se la pone*. Dándose la vuelta, el hombre mayor con tranquilidad pero bien alto le respondió: *Porque solo tengo un pulmón*. De repente, Dorita se encogió como haría un plástico ante una llama y sin darse cuenta miró a los presentes que

empezaban a cuchichear con expresión despectiva hacia las tres amigas, que, justo en ese momento recordaron que tenía cosas importantes que hacer.

Cuando Dorita llegó a su casa, un tanto irritada por los acontecimientos recibió la llamada de su Ex con el que terminó a gritos por haberse atrevido a darle el consejo de ir a la cera de enfrente, a la librería a comprar algún libro sobre el sistema inmune.

El tiempo fue pasando y llegamos al 2021

A Dorita no le gustó pasar unas Navidades con sus visitas restringidas, pero, era peor contaminar o ser contaminada, el bicho era malo y había que destruirlo entre todos, al menos, los que como ella tenían conciencia cívica.

Hubo muchas polémicas que hasta salpicaron en la TV sobre los que no estaban de acuerdo con las maniobras del Gobierno, decían que les quitaban libertades y que eso era ilegal, lo mismo que los toques de queda y hasta el estado de alarma, pero, si todo esto era necesario para poder aplanar la curva estadística, en el fondo era bueno, por lo que no entendía que le dieran tanto valor a la libertad, a fin de cuentas, esto, duraría poco. Dorita no entendía que libertad y seguridad son diametralmente opuestas y que a un aumento de seguridad le corresponde una disminución de libertades Constitucionales. Si bien es cierto que Dorita y los que comulgan con ella parece hubieran nacido con espíritu esclavo, también hay que respetar los que nacieron con espíritu libre y que, digan lo que digan los covidianos, una sociedad sin libertad, es una Nación de esclavos sin dignidad.

A finales de Abril, Dorita escuchaba y también colaboraba en preguntar a todos sus conocidos y compañeros de trabajo si se habían vacunado. Esta manera de actuar se extendió por toda España, la gente necesitaba saber si otros se atrevían a ser los primeros, sobre todo, por lo acuciante que eran los expertos en la TV cuando narraban la enorme cantidad de afectados por el coronavirus. Así las cosas, un viernes por la tarde Dorita y sus amigas estaban en una terraza de bar tomando un aperitivo y comentando lo que opinaban de las vacunas, de lo necesarias que eran y de cómo podían existir descerebrados como los anti-vacunas. En la mesa de al lado estaba un antropólogo famoso, aunque no para el clan Dorita, que sin que fuese su intención oyó todo lo que decían y sin poder evitarlo ya que era parte de su profesión, empezó a analizar su conformación craneal para buscar un genotipo apropiado y así, añadiendo a esto los rasgos de la cara y uniéndolo todo al contenido de lo que hablaban, el tono de voz aplicado, la pobreza evidente de lenguaje, llegó a esta conclusión: *El cerebro de un covidiano es diferente al de cualquier otro, es estático, por ese motivo es capaz de tener en su interior ideas totalmente opuestas sin que le preocupe lo más mínimo, a fin de cuentas, ninguna de ellas es suya. Un ejemplo sería su miedo a morir por el Covid y a su vez, aceptar todas las dosis que le quieran poner de unas vacunas experimentales.*

Dorita se puso sus tres dosis de una supuesta vacuna y digo supuesta, pues, poner tres dosis y aún seguir apareciendo casos de Covid en vacunados, es algo tan inaudito como prestarse a ello los vacunados. Dorita que tenía ideas afines o mejor sería decir que su cerebro era depósito del Gobierno, a veces discutía con otros de ideas propias y para su fastidio, todo lo que había oído por TV no le valía para rebatir los argumentos de los conspiranoicos, negacionista, anti-vacunas, pero, no por ello dejaba de pensar que tenía razón.

Llegó el verano y el Gobierno decidió quitar la prohibición de llevar mascarilla por la calle. Cuál sería la sorpresa de todos aquellos que valoran la libertad al ver que el 95% de los españoles seguía

llevando puesta algo que dijeran lo que dijeran los expertos, entorpece la respiración, e indudablemente no es lo mismo respirar con o sin mascarilla. Allí iba Dorita tan ufana pensando que al final el sentido común prevalecía, incluso habiendo quitado la prohibición.

Por estas fechas veraniegas Dorita, no se sabe bien cuál fue el motivo psicológico se apuntó a un campamento nudista en un playa en Almería, tal vez algún deseo reprimido, un brote libidinoso, una vuelta a la libertad a no ver el cuerpo como algo pecaminoso, el caso, es que el primer día la echaron, pues, aunque se quitó toda la ropa, se negó a quitarse la mascarilla. Confundida y atolondrada por la ofensa recibida hizo el camino de vuelta pensando en lo dictadores que eran esos nudistas. Lo peor respecto a este suceso, es que quince días más tarde un vecino del portal de al lado la saludó con una sonrisa extraña, de momento no acertó a recordar de qué conocía a ese hombre, pero, como si fuera un flash le llegó su imagen, allí, tumbado en la arena totalmente desnudo y ella....., casi. ¡Qué vergüenza!, ahora sus vecinos podrían enterarse del suceso. Encogida y andando más aprisa de lo habitual, se olvidó de la compra y ya en casa, enojada contra todo el mundo, se tomó un par de copas de anís y se fue a la cama.

Adolfo Cabañero

psicopedagogo y profesor de yoga